

LIBROS

Informe sobre la lengua catalana

El Gobierno Superior Político de las Baleares publicaba en el año de 1825 un edicto tan pintoresco como revelador de la discriminación de que han venido siendo objeto entre nosotros las que suelen llamarse «lenguas regionales» españolas. El *Gobierno Superior*, metido de repente a pedagogo, proponía un curioso (y bárbaro) método para terminar con la natural tendencia de



JOSEP MELIÀ

los niños de las escuelas mallorquinas a hablar catalán («mallorquín», según el edicto). Decía así: «Cada maestro o maestra tendrá una sortija de metal que el lunes entregará a uno de sus discípulos, advirtiéndole a los demás que dentro del umbral de la escuela ninguno hable palabra que no sea en castellano, so pena de que oyéndola aquel que tiene la sortija se la entregará en el momento y el culpable no podrá negarse a recibirla, pero con el bien entendido de que en oyendo éste en el mismo local que otro discípulo incurrirá en la misma falta tendrá acción a pasarle el anillo y éste a otro en caso igual, y así sucesivamente durante la semana hasta la tarde del sábado, en que, a la hora señalada, aquel en cuyo poder

se encuentre el anillo sufra la pena, que en los primeros ensayos será muy leve, pero que se irá aumentando... a proporción de la mayor facilidad que los alumnos vayan adquiriendo de expresarse en castellano».

He tomado, un poco al azar, esta página del libro «Informe sobre la lengua catalana», de Josep Melià, simplemente para dar una muestra del interés que ofrece el reciente ensayo del periodista mallorquín que, desde diversas publicaciones de Madrid, ha venido trabajando incansablemente en favor de la *normalización* de la lengua catalana. Recomiendo especialmente el «Informe» a los lectores de TRIUNFO que han mantenido en estas páginas una interesante polémica sobre las lenguas minoritarias españolas. En el trabajo de Melià se hallan muchas respuestas a los interrogantes que quedaron planteados en esa polémica, pues ofrece una impresionante documentación histórica y periodística sobre el tema de las vicisitudes de un idioma hablado por seis millones de españoles en condiciones, podríamos decir, de semiclandestinidad y subdesarrollo lingüístico. Josep Melià ha estudiado durante años el tema, especialmente en su vertiente mallorquina, como lo demuestran sus libros «Els mallorquins» y «La Renaixença a Mallorca», así como numerosos artículos de crítica literaria. El «Informe sobre la lengua catalana» aparece en un momento «políticamente oportuno», cuando se discute en las Cortes la cuestión de los idiomas llamados «vernáculos». El planteamiento de Melià es muy real. Después de estudiar la actual situación del idioma catalán y las áreas geográficas donde se habla, con una demostración incontestable de la unidad de la lengua de la Cataluña propiamente dicha, el Reino de Valencia, las Baleares, el Rosellón y la Cerdeña y la ciudad sarda de Alguer, Melià hace un resumen verdaderamente esclarecedor de la historia del catalán hablado y escrito, desde el apogeo de la Edad Media y el Renacimiento —Ausias March, Ramón Llull, Joanot Martorell— hasta la decadencia literaria de los siglos posteriores,

durante los que, sin embargo, continuó siendo hablado por el pueblo. La decadencia del idioma literario catalán en esa época no se debió a la presión oficial, sino al inmenso prestigio de la literatura clásica castellana, hacia la cual se sintieron atraídos hombres como el barcelonés Boscán o los valencianos Guillén de Castro y Juan de Timoneda. La adopción de las ideas centralistas francesas con Felipe V y los Decretos de Nueva Planta son responsables de la discriminación a que se ha sometido hasta nuestros días a las lenguas minoritarias españolas. El *sambenito* escolar a que me refería al principio es, al parecer, de origen francés y se utilizaba en una forma parecida para obligar a los niños vascos, catalanes, bretones y alsacianos del país vecino a hablar francés. No cabe duda que estas ideas centralistas, que en España habrían de encontrar clientes incondicionales, repugnan, sin embargo, a la mejor tradición española. Con la *Renaixença* o Renacimiento de fines del siglo pasado y principios del presente, Cataluña recupera la cultura que le es propia. La lucha que desde entonces hasta nuestros días vienen sosteniendo los escritores catalanes ante la incompreensión oficial o la *benevolencia a cuentagotas* constituye realmente una epopeya para la sobrevivencia de una cultura. Todo el esquema aparece complicado, claro está, por una maraña de problemas políticos y sociales. Melià se da cuenta de ello cuando dice que existen reivindicaciones bastante más urgentes y dramáticas que la de la lengua. Me encuentro personalmente en una situación adecuada para comprender que este problema de la lengua catalana suene a música celestial a los oídos de los españoles que han padecido verdaderamente el subdesarrollo peninsular. Lo mismo que Josep Melià, resido en Madrid desde hace años y sé muy bien lo que se siente al contemplar el «emporio catalán» desde las soledades castellanas (Madrid aparte, con su propio problema). Existe, además, una desgraciada y viciosa identificación de la cultura catalana con la cultura burguesa que ya los más jó-

venes entre los escritores catalanes han comenzado a denunciar. Puede todavía suceder, por ejemplo, que se sienta *progresista* un señor por el mero hecho de hablar en catalán o de cantar en catalán o de escribir en catalán, sin que importe lo que vaya a decir en ese idioma. Es interesante anotar que en el reciente Día del Libro (y de la rosa), celebrado en la fiesta de San Jorge, entre los «superventas», el «best-seller» no fue otro que el tradicional pastel en forma de libro que en ese día se exhibe en los escaparates de las confiterías barcelonesas. Es muy posible que cuando algunos catalanes hablan de la «absorción» de los inmigrantes estén pensando más en la integración del proletariado en esa cultura de libros y rosas (sin olvidar la pastelería) que en su auténtica significación humana. Todo esto, sin embargo, no basta para desmentir el hecho de que existe una cultura catalana en marcha. Por el contrario, lo confirma, ya que no cabe separar la reivindicación cultural y lingüística de las demás reivindicaciones sociales. Es una sola y la misma cosa. Josep Melià, al aportar los datos del problema lingüístico de los países catalanes, en un libro primordialmente dirigido a los lectores de habla castellana, hace una excelente contribución al esclarecimiento del problema. Es uno de esos libros de los que puede justamente decirse que ayudan a entender lo que pasa. ■ LUIS CARANDELL.

¿Dónde está Blas de Otero?

Recoge Blas de Otero, en «Expresión y reunión» (Editorial Alfaguara, Col. «La Palma de la mano»), unas significativas palabras de Ehrenburg: «... La vida no se preocupa de la unidad de estilo». Esta es la clave, y Blas de Otero así lo señala irónicamente, de la dificultad que supondría el intento de apresar la vida en una narración o en un poema; esta es la clave de la distancia que existe entre literatura y realidad. Por ello, todo realismo que se plantee al pie de

la letra resulta una empresa vana.

Pero esta poesía, la poesía de Blas de Otero, ampliamente seleccionada en el libro que comentamos, responde al propósito de acercarse a lo real: lo real subjetivo, primero (la investigación a fondo en el propio sentimiento hasta llegar a los orígenes de la angustia, tan aproximada a los intentos literarios existencialistas registrados por aquellos años, últimos cuarenta y primeros cincuenta, cuando Otero escribe «Angel fieramente humano»); la realidad objetiva española, tan problemática, después. Y por último, la universal realidad, la preocupación por todos los hombres. Esta voluntad de aproximación a lo humano en todas sus vertientes nos permite entender la poesía como «realista», aunque —qué duda cabe— el mundo real se transforme en realidad, digamos, rectificada por una poética, por unos valores estilísticos previos.

Entre el Blas de Otero que hemos dado en llamar «existencialista» («Angel fieramente humano», «Redoble de conciencia») y el Blas de Otero bruscamente vuelto hacia su contorno, ¿hay contradicciones? No, existe una evolución, por supuesto a través de crisis, crisis positivas. Desde la intensa preocupación por la problemática fundamental de un individuo, por sus preguntas últimas, puede pasarse dialécticamente a una preocupación de la misma intensidad por los problemas de todos. «Pido la paz y la palabra» ha marcado este paso. Reunidos todos los poemas oterianos en este libro, puede observarse con precisión su línea evolutiva perfectamente coherente. Quien se haya quedado con el carácter aparentemente «funcional» de algunos poemas de la que podríamos llamar «segunda época», es decir, de «Pido la paz...» en adelante, o por decirlo de otro modo, con su intención política inmediata, no ha sabido establecer una justa valoración. El «engagement» de Blas de Otero, que evidentemente existe, no entraña de ninguna manera un descenso de altura, sino que, por el contrario, vitaliza y eleva de nivel una poesía en otro tiempo hundida en la desesperación. No se puede pasar